

La democracia “desde abajo”: construyendo “la dignidad” a partir del movimiento magisterial chiapaneco

Este artículo presenta un reporte sintetizado de algunas de las principales conclusiones de un estudio sobre un movimiento social mexicano en particular: el de los maestros de escuelas federales de Chiapas (1979-1992). La discusión tiene lugar en el contexto de temas teóricos y metodológicos que se cree relevantes para la búsqueda actual de democracia en México. Reflexionando en su propio proceso de construcción de categorías, el cual es utilizado para presentar el material del caso de Chiapas, la autora sugiere las maneras en que los analistas podrían enfocar más críticamente los esfuerzos de las luchas populares hacia la democratización del régimen autoritario. Se propone un argumento para conceptualizar la “dignidad humana” como un componente fundamental de democracia popular, que enfatice la sustancia de democracia más allá de, y por encima de sus procedimientos.

Centro de
Investigaciones y
Estudios Superiores en
Antropología Social
(CIESAS)

“No podemos seguir repitiendo pensamientos y categorías sin pensar en una nueva moral que está naciendo aquí”

Pablo González Casanova
Convención Nacional Democrática
agosto de 1994

SUSAN STREET

Introducción

En el año de 1994 hemos visto la irrupción en la plaza pública de grupos y masas excluidos de los beneficios del desarrollo de México, aunque afectados por sus contradicciones. Con su “ya basta”, campesinos e indígenas de Chiapas dejaron de



heredar pasivamente siglos de resistencia para pasar a activar nuevas modalidades de oposición a nivel regional, recomponiendo, de paso, las fuerzas subordinadas y los sectores desfavorecidos, pero incluidos, a nivel nacional.

El surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el primero de enero y los acontecimientos posteriores han ido evidenciando la extrema dificultad de arribar a una “paz con justicia y dignidad” en el estado de Chiapas, que entierre el llamado “rezago histórico” de la región. Esta vez con una fuerza moral inusual, llegamos a ser testigos (“interpelados” diría Samuel Ruiz) del gran reto de incorporar a los que han sido expulsados, de integrar más plenamente a los discriminados y de abrir nuestro “Nosotros” hacia el Otro diferente para llegar a vivir nuestra humanidad más conscientemente. Tomar estos pasos emancipatorios es posible, según Enrique Dussel (1994, p. 210).

“... cuando éticamente se descubre la dignidad del Otro;... cuando se declara inocente a las víctimas desde la afirmación de su Alteridad como identidad en la Exterioridad como personas que han sido negadas, como su propia contradicción, por la Modernidad. De esta manera, la razón moderna es trascendida (pero no como negación de la razón en cuanto tal, sino de la razón violenta eurocéntrica, desarrollista, hegemónica)”.

Registramos lo inmoral de la incomunicación de “los Otros” al darnos cuenta de que son los mismos excluidos los que tienen que demostrar esta dignidad ante los incluidos, a los que intentan convertir en sus nuevos interlocutores. Pero sucede que, por un lado, muchas veces esta dignidad tiene la característica de ser una obra en primera instancia para uno mismo, construida para convencerse de las bondades y fortalezas de lo propio. Y, por otro, también es problemática la constitución de los interlocutores, pues hay quienes se niegan a asumir tal designación, quienes se resisten a hacerlo y quienes sí la realizan, pero con poca eficacia porque, o imponen

conceptos ya conocidos (vuelos ajenos en la imposición), o carecen de categorías adecuadas para captar los códigos emergentes.

No obstante, esta idea de "la dignidad" conquistada y reconquistada es una historia que se repite al interior de todas las luchas populares, aunque, como experiencia vital, afecta desigualmente a los individuos y en diversos grados a las colectividades. Al observar esta reconstitución permanente de "la dignidad", Jesús Martín Barbero (1987) y Néstor García Canclini (1989) argumentan, para América Latina, que las luchas por la democracia son, en realidad, luchas *por hacerse reconocer*. "Lo popular" se va reconstruyendo en luchas por el reconocimiento -por hacerse respetar por, y ante, los demás- donde una nueva identidad va emergiendo, en continuo proceso de ser. Más que transitar a una democracia donde se privilegia la argumentación entre actores de una misma "comunidad de comunicación",¹ o más que crear "prácticas democráticas" como superación total de anteriores "modas vivendi", los sujetos sociales que se constituyen en los intentos por modificar su situación histórica de exclusión, opresión, explotación o enajenación, en realidad, están creando las condiciones *para poder participar efectivamente*. Mediante la conquista de "la dignidad" se están reconociendo en su capacidad de participantes, después de haberse concebido en su anterior condición de negados, ausentes o silenciados.

¿No sería justo entender en estos términos el gran protagonismo autogestionario del pueblo chiapaneco despierto por las fuerzas zapatistas y, posteriormente, por la conflictividad liberada: la toma de tierras, la creación de las regiones indígenas autónomas, la destitución de los presidentes municipales, la constitución de consejos municipales y comunitarios, la organización de "la insurgencia civil" frente a los resultados de las elecciones del 21 de agosto y muchos otros procesos que están gestándose por la participación pacífica de muchos "ex-excluidos"?

1. El término "comunidad de comunicación" ha sido utilizado por el filósofo alemán K. Apel y adaptado a la realidad latinoamericana por E. Dussel (1992), quien sostiene que el término es útil en la medida en que se aclaren las implicaciones de las condiciones objetivas (de desigualdad y exclusión) de América Latina. Para una explicación de la obra de Apel, ver a Cortina (1985).



Toda esta actividad organizada y pacífica tiende a ser descalificada como “hacer justicia por mano propia” (es decir, algo “ilegal”) por los que se resisten a leer la historia bajo el lente de “la nueva moral” a la que aludió González Casanova, pues significa invertir la óptica e historizar los actos y las ideas de “los de abajo”. Esa otra lectura parte de situar históricamente los procesos de “justicia popular” y de comprender los sentidos (“la hermenéutica”) de los actores mismos, sin la condena de “pre” o “anti” modernos adjudicados a los que no caben en los esquemas dominantes.

¿De qué manera, por ejemplo, tiene sentido la reflexión del Comandante Tacho del EZLN al decir que “la democracia es unirse para derrotar al otro entre compañeros”?² Sólo reconociendo la realidad de que los que han sido llamados “sujetos emergentes” se forman política, social y culturalmente *en confrontación con* los que ellos conciben ser sus “enemigos”, y que estos “enemigos” tampoco se portan como si fueran “adversarios”, como muchos quisieran ver y creer. Finalmente, los enemigos son los que se oponen a la reconstrucción del terreno de diálogo y argumentación buscada por los que pugnan ser participantes, pues implica modificar las relaciones de poder y afectar intereses.

Dos exigencias para elaborar -y no repetir- categorías

Estas reflexiones surgen de la investigación del movimiento magisterial chiapaneco (1979-1982).³ En este trabajo se exponen algunas de las consideraciones teórico-metodológicas que permitieron este tipo de interpretación, a la luz de un llamado para revisar críticamente las categorías “democráticas” que se están construyendo desde las ciencias sociales mexicanas.

2. En entrevista con *La Jornada* 19 de octubre de 1994.

3. La primera etapa de la investigación, que comenzó en 1986, está reportada en Street (1992). A partir de 1990 se sigue estudiando el MMCH desde el CIESAS, con el objetivo de teorizar las formas organizativas alternativas del movimiento dentro de un marco explicativo de la constitución del sujeto social. Las publicaciones y ponencias que dan cuenta de los avances -y que contienen las referencias empíricas más amplias que aquí apenas se mencionan- son Street, 1994a; 1994b; 1994c; 1993. Este trabajo se basó en dos ponencias recientemente presentadas: Street, 1994d y 1994e.

Para los interesados en una interlocución eficaz ante las luchas populares, aquí se arguye que la reconstrucción de categorías relevantes comienza por reconocer dos exigencias: una, la necesidad de liberarse de "lo liberal" del concepto de democracia, para poder teorizar "lo popular" como un terreno de formación de nuevos sujetos y subjetividades "en proceso de ser" y, dos, la conveniencia de invertir los procedimientos teórico-metodológicos para atender, tal como lo recomienda Foucault (1980), la construcción del conocimiento "local", "desde abajo hacia arriba". Es decir, se gana mucho comenzando con los actos de justicia de las masas para después abordar la forma con que éstos son materializados, en vez de suponer la eficacia de una forma concreta y después preguntar bajo qué condiciones esa forma se da.

En los estudios sobre la democracia en México, con demasiada frecuencia se identifican las condiciones de producción de "la pluralidad", de "la tolerancia", de "el diálogo", para después enjuiciar la presencia o ausencia de "la democracia", como si ésta fuera un bien (como un todo integrado) que se pudiera consumir o adquirir. La versión "liberal" de la democracia, sintetizada en la expresión "un ciudadano, un voto", es acatada como si fuera *la* forma concreta universal del fenómeno y, además, como si fuera comprendida así uniformemente por todos. Utilizar conceptos supuestamente universales sin purgarlos de su contenido ideológico dominante y sin problematizar su uso concreto al interior de la racionalidad instrumental, poco ayuda a analizar experiencias de participación y autogestión popular en cuanto su aporte democrático. Además, preciso es señalar que muchas luchas surgen justamente como una reacción a esa racionalidad dominante -al hecho de que ésta carece de una moralidad pública- dando lugar al surgimiento de nuevos consensos de fondo arraigados en postulados éticos. (Lechner, 1986 y 1988; Brunner, 1990).

La democracia "popular", en tanto gira en torno a una concepción ética del ejercicio del poder, se parece poco a la concepción "elitista" o "liberal" que enfatiza aspectos técnicos de los procedimientos electorales para delegar poder formalmente (más que para ejercerlo



realmente).⁴ Pero se conoce demasiado poco sobre el contenido de las nuevas identidades que los sujetos van construyendo. Pocos trabajos se sumergen en su “eticidad” en tanto contenido axiológico (más que la forma), esforzándose por precisar y traducir los valores colectivos que surgen como justificativos de las acciones de los nuevos sujetos. Seguir las pistas sugeridas por Foucault y Dussel en la investigación del movimiento magisterial chiapaneco (MMCH) permitió ampliar la comprensión conceptual de la diversidad democrática, reduciendo así la percepción de su carácter ambiguo tan propicio al relativismo.

En este sentido, abordar al MMCH como creador de identidades colectivas (en lugar de concebirlo como indicador de crisis que acontecen en otros ámbitos) llevó a “descubrir” la categoría social de “la dignidad” como un momento histórico necesario en la identificación y valoración de la democracia *como una utopía popular*. Las luchas de los maestros chiapanecos enseñan que, en la medida en que los productores vivan su proceso de autogobierno como una humanización, la democracia aparece simultáneamente como fin y como medio para exigir y para ejercer *el derecho a la vida* por parte de todos los potenciales y reales excluidos de los procesos globalizantes del capitalismo.

La segunda exigencia significa cuestionar los enfoques que analizan al actor subalterno como un “factor” para evaluar lo radical o lo conservador del cambio democrático. La democratización en América Latina ha sido enfocada como una transformación global del régimen (normalmente de uno militar a uno civil), donde los

4. Hay una discusión conceptual sobre el término “popular” dentro del campo de “la cultura popular” (García Canclini, 1989; Burke, 1981; ver también la revista *Studies in Latin American Popular Cultures* desde 1989). Aquí “lo popular” se entiende contrapuesto a “lo elitista”, pues se refiere a los sectores menos favorecidos, las masas pobres y marginadas. A la vez, el trabajo se apoya teóricamente en Hall (1981), sobre todo en su concepción de “lo popular” como el trabajo transformativo de las propias tradiciones de las clases populares. Es conveniente recordar la afirmación de Hall de que, históricamente, la democracia “representativa” ha sido posible precisamente por la contención de la democracia popular; la democracia liberal ha sido construida por encima de -sobre la parcial destrucción de- formas democráticas de las clases trabajadoras y de otros sectores radicales, incluyendo a los indígenas. Por “democracia popular” se refiere aquí a un proyecto político de transformación global del modelo socio-económico-cultural donde se da una redistribución del poder social y económico a favor de las clases subordinadas.

movimientos sociales -o los proyectos políticos subalternos- se conciben como uno entre muchos de los elementos importantes para explicar el perfil democrático resultante. Esta democratización "desde arriba" se entiende como un proceso largo e intrincado, con rupturas y contradicciones, que afecta a los actores políticos formalmente reconocidos, quienes se dan la tarea de redefinir sus pactos y alianzas, modificando las relaciones de fuerza respecto al bloque de poder dominante. Al enfatizar las reglas políticas del juego y el papel central de los actores dominantes (anteriormente hegemónicos) en aceptar el cambio, esta versión de democratización tiende a subvalorar la autonomía de los procesos de democratización "desde abajo", particularmente en su contenido sustantivo valórico en tanto una construcción cultural popular. Preciso es profundizar en esta autonomía, sin caer en voluntarismos que la sobreevalúan, para poder avanzar en el viejo proyecto (con nuevo cariz en este 1994) de articular la democracia social con la democracia política.

Parte de la dificultad en concebir "la democratización desde abajo" está en reconocer la especificidad de estos procesos históricos de transición hacia un Estado de Derecho *en cuanto se gestan en la base de la sociedad*. El desmantelamiento del régimen autoritario involucra múltiples movimientos simultáneos de destrucción y construcción. Esta dialéctica negativo-afirmativa imprime características especiales a la democratización "desde abajo". Son procesos *autogestionarios* sin receta fija ni resultado cierto, guiados sólo por entendimientos culturales sobre *la formación del consenso*. Modifican fronteras históricas de las dinámicas de *exclusión-inclusión*, replanteando identidades sociales a la vez que *creadores de derechos nuevos* y *gestores de éticas políticas*. No se trata de un proceso positivo y lineal de fabricación de "ciudadanos", basado en procesos individualizados de aprendizaje de los procedimientos democráticos como un conjunto de técnicas cuya eficacia reside en una aplicación adecuada a las circunstancias. Por esto aquí se prefiere emplear el término "democratización" en lugar de "la democracia" para poder apreciar su naturaleza como proceso inmerso en una formación





social autoritaria de múltiples determinaciones políticas y de segmentaciones culturales.⁵

“La democratización desde abajo” opera, entonces, en un doble terreno, ya que las luchas populares generalizan sus efectos objetivos en cuanto a *la ampliación del derecho* (del conjunto de derechos humanos), a la vez que promueven *la formación de una cultura democrática*, en un contexto altamente agresivo y amenazante a dichas tendencias. Si esta “cultura” no es algo homogénea y acabada, sí abriga la gestación de nuevos consensos e identidades, sólo entendibles a la luz de los rasgos autoritarios y sólo posibles si los participantes viven rupturas con las prácticas e ideologías dominantes.

Se trata de un problema formativo, pues los sujetos “democratizantes” estructuran en su interior nuevas subjetividades colectivas para ser asumidas por sus participantes de diversas maneras. Preciso es identificar los contornos y las contradicciones de los procesos “locales” donde este “trabajo” destructivo/construtivo se escenifica. En el caso del MMCH, procesos de democratización desde abajo se armaron en cada delegación sindical, ya que ésta era el territorio identificado por los maestros donde “los charros” (los supervisores de zona de la SEP, “en mancuerna” con los secretarios generales del SNTE) ejercían su dominio, “... todo bajo la humillación de los compañeros y bajo que ninguno protestara de esa situación... (era) una enajenación terrible”.⁶

El movimiento magisterial chiapaneco y “la democratización libertaria”

Estas dos “tomas de posición” tuvieron a su vez tres efectos operativos en la investigación del movimiento de los maestros chiapanecos. Cada efecto implicó abandonar, matizar o modificar perspectivas en uno para poder captar mejor los significados de “la identidad

5. Los autores que han contribuido a esta concepción son González Casanova (1985), Alonso (1986 y 1985), Brunner (1990), Geneyro (1991), Lechner, (1988) y Farfán (1992).

6. Esta cita está tomada de entrevistas realizadas por el Frente Magisterial Independiente Nacional (FMIN). Todas las demás citas provienen de entrevistas realizadas por la autora.

democrática” para los maestros. Dicho de otro modo, la construcción de las categorías sociales de los maestros y su traducción a marcos de explicación más amplios requirió la adopción de nuevas teorías “intermedias” que fueran contextualizando y facilitando la comprensión de “la intersubjetividad democrática” propuesta por los maestros a través de su movimiento.

1. Del movimiento como sujeto unitario-a-la relación entre bases y dirigentes

Identificar a los movimientos en función de sus objetivos externos lleva a suponer una unidad del movimiento como actor político enfrentado a, o en relación con, otros actores en determinadas coyunturas. Inclusive, los trabajos sobre los factores que explican los éxitos y fracasos reivindicativos de los movimientos en función de sus componentes internos agregaban poco para una explicación del aporte ético de la concepción democrática particular de los maestros chiapanecos.

La ética propuesta por los maestros chiapanecos surge al negar “la instrumentalización de su rostro” por parte de sus opresores y al apropiarse de una nueva autoimagen construida en la acción colectiva (guiada por la dialéctica negativo-afirmativo). Cada “maestro democrático” es RESPETUOSO de los demás, del movimiento y de los derechos de los trabajadores, pero sobre todo, de la persona como tal. Además, en primer lugar, es una persona HONESTA y RESPONSABLE y, en segundo lugar, actúa de manera SOLIDARIA y COMBATIVA.⁷ (Ver la representación gráfica a continuación).



7. Esta construcción fue realizada después de varias etapas empíricas de investigación, así como después de aplicar procedimientos analíticos de construcción de categorías, usando técnicas del “grounded theory” Glaser y Strauss (1967), complementados con otros instrumentos de la etnografía. Se basa tanto en entrevistas como en



Ésta es “la materia” de intercambio que se daba en la acción colectiva del MMCH. Un intercambio justo en estos términos permitía reproducir la vivencia de la reciprocidad entre bases y dirigentes. RECIPROCIDAD viene siendo una emoción colectiva -un sentir que da “alegría” o, en su ausencia, genera “tristeza”- y como tal, se esperaba que caracterizara la interacción cotidiana entre bases y dirigentes en todas las instancias del movimiento y de la sección sindical. Esta “ética de reciprocidad” era evaluada de manera permanente por todos; era expresada por los oradores en las asambleas (quienes analizaban la coyuntura política del movimiento en función de su interpretación del cumplimiento de la ética) y era percibida por los maestros de base en el trato que les daban los dirigentes (como el criterio máximo para sentirse “tomados en cuenta”, verdaderamente “respetados”). Realizar esta comunidad *ideal* de comunicación en el continuo desenvolvimiento de la reciprocidad entre bases y dirigentes fue, entonces, el camino elaborado y experimentado por los maestros para acceder a “la dignidad”.

Se está interpretando aquí esta ética como una formulación cultural del concepto colectivo de “la dignidad”, ya que concuerda plenamente con la definición (universal) de la dignidad humana como valor origen de todos los valores. Para los maestros es simultáneamente un modo de ser y una utopía garante del bienestar comunitario (gremial). Un maestro de base dijo en 1992 lo siguiente, después de negar la aportación de su preparación normalista en su formación:

“Bueno, yo como maestro me formé en el movimiento... fui producto del movimiento... He sido respetuoso en el trabajo y en el sindicato... He sido maestro democrático: un maestro democrático es responsable, cumple con las funciones en la escuela, no necesita del director para dirección, tiene que ser justo con los alumnos y tiene que generar resultados y tiene

observación participativa de la gran gama de actividades, acciones e instancias del MMCH en diferentes momentos históricos.

que concentrarse con los alumnos, hacer buena labor, que enseñe verdaderamente y que no sea egoísta... Considero que como sindicalista hay que ser honesto, honestidad es con referencia a su base, respeto a su base...” (SSP11.2)

Al percatarse del lugar central (como “núcleo duro” en términos de Dubet, 1989) de la ética en “la identidad democrática” asumida por los maestros del movimiento, y al observar su reproducción cotidiana e incesante en cada instancia organizativa y acción política del MMCH, la investigación giró hacia la dinámica interior del movimiento para identificar los procesos estructurantes y desestructurantes del movimiento. Si bien, ser “maestro democrático” era un fenómeno individual en tanto cada participante asumía (a su modo) “la identidad democrática”, interesó más su manifestación colectiva en la interacción de los sujetos “internos”: “bases” y “dirigentes”. La relación bases-dirigentes resultó ser el verdadero objeto de transformación de los maestros, tal vez más que el objetivo “externo” del MMCH (la democratización de la Sección VII del SNTE).

2. Desideologizar a los dirigentes-y-reivindicar a las bases

Mucha de la discusión sobre los alcances o logros políticos de los movimientos y movilizaciones del magisterio gira en torno a concepciones ideológicas de sus dirigentes, por un lado pocas veces cuestionadas fuera del marco de las posiciones políticas de izquierda y, por otro, rara vez teorizadas a partir de sus implicaciones para la formación política de las bases. Esto ha significado ignorar el papel central que tiene la democratización de la relación entre los dirigentes y las bases en la dinámica conformadora de los movimientos sociales. Y al subestimar la importancia de esta relación entre representantes y representados, *en tanto generadora de nuevos consensos de fondo*, se han desaprovechado oportunidades para concebir, a partir de experiencias concretas, un proceso de construcción de una nueva relación gobierno-sociedad *desde la base*.



En la investigación del MMCH era necesario cuestionar el conocimiento del movimiento a través de las ópticas de sus dirigentes, quienes, por su capacidad analítica y expositiva, fueron los informantes privilegiados de la investigación en sus primeras etapas. Había que relativizar el peso de la lucha política al interior de la izquierda y problematizar la gremialidad magisterial. Conviene aquí, entonces, revisar brevemente de qué manera la formación de los dirigentes influye en las categorías tanto sociales como científicas.

Conflictos ideológicos entre dirigentes de la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE) sobre el carácter de las luchas (hacer del SNTE un instrumento de clase o una corriente democrática) y sobre el objeto de transformación (las carteras sindicales vs. las estructuras y prácticas burocráticas de la SEP y del SNTE), en un contexto de mantener la unidad de las acciones masivas como movimiento de masas, han redundado en reducir la conquista democrática a un asunto de la simple adopción -por parte de dirigentes- de procedimientos que “toman en cuenta a las bases”. “La consulta a las bases” ha tendido a sustituir otros patrones de participación que podrían favorecer mejor una formación política más integral y más permanente de las bases magisteriales. En el caso chiapaneco, el uso privilegiado de esta categoría por parte de los dirigentes (sobre todo por los de la corriente llamada Línea Proletaria, posteriormente, Línea Proletaria Popular) llevó a, por un lado, idealizar y mitificar a “las bases” como los verdaderos decisores (dando lugar a consignas como “la base decide”, “todos respetan a la base”, “se toman decisiones por acuerdo de las mayorías”), y por otro, opacar el papel real más amplio que tuvieron los maestros de base en el MMCH.

Los dirigentes de la CNTE han visto la democratización como un proceso político subordinado a las estrategias y tácticas funcionales a su acceso al poder en el SNTE y a su hegemonía en la CNTE, por lo que “la democracia sindical” no deja de ser una cuestión de *quién (cuál grupo político) controla el sindicato*. Esta perspectiva tiene su contraparte en los niveles “operativos” del sistema educativo, pues

la lucha entre dos bandos (“los democráticos” y “los charros”) por el control de las escuelas (delegaciones y regiones) muchas veces termina en confrontaciones que polarizan comunidades enteras. Aquí se ha corrido el peligro de que los maestros asuman “la identidad democrática” más como una toma de posición o como una lealtad de grupo que como un ejercicio o una representación de modos de vida democráticos.

Así describió este fenómeno un maestro chiapaneco entrevistado en 1992, para quien la clave de un ejercicio democrático está en “el respeto a su base”, donde esto se entiende como la defensa de su base “a la hora de argumentar las soluciones a los problemas”.

“Me molestan los que no definen una posición honesta y es que la gente tiene que definirse. Por el hecho de no acatarse a la base, pues hacen su labor fuera y empañan la imagen de todos... muchos se taparon con la cara democráticos y utilizaron el movimiento para flojear, para conseguir puestos...”
(SSP.11)

Al redefinir el objeto de estudio de la investigación como la relación entre bases y dirigentes, se hizo necesario construir “el pensamiento de las bases”. Había que abordar las percepciones de maestros de base a partir de su propia experiencia. Identificar “los actos de justicia de las masas” implicó incorporar “la experiencia” de los productores como determinante de su vinculación con las luchas democráticas y no imponerles motivos “abstractos” que abarcan sus experiencias, mas no provienen de ellas. Entonces, se requirió entender la conformación de “las bases” como un sujeto en sí, para lo cual se volvió indispensable explorar tanto los procesos “macro” del MMCH que estructuraba a “la base”, como la manera en que los individuos hacen “inversiones emotivas” constitutivas de este sujeto colectivo. Había que abordar el terreno resbaloso que no es ni individual ni colectivo: el de las subjetividades.⁸

8. La fundamentación teórica de este enfoque está en Henriques, et. al. (1984), Coulter (1989) y Dubet (1989).



Entender a “las bases” se tornó problemático en la medida en que la literatura sobre las luchas por la democracia sindical tiende a presuponer una equivalencia entre los motivos profundos de los individuos para participar en las luchas sociales por la democracia y los objetivos explícitos de éstas. Cómo comprender la participación de los individuos en procesos de democratización -ya sea en su sindicato, universidad, escuela o fábrica- en un plano que no sea simplemente el del reconocido (por generalizado) deterioro en las condiciones de trabajo que generan las demandas explícitas salariales y políticas (más democracia y menos autoritarismo). Hace falta indagar sobre la naturaleza de los vínculos entre los sujetos individuales y los sujetos colectivos democráticos. No obstante la aceptación de la necesidad de transformar la cultura política autoritaria en una democrática, poco se sabe sobre los procesos conformadores de *la intersubjetividad democrática*.

El análisis de las historias de participación de algunos maestros de base⁹ permitió percatarse de nuevas categorías que reflejaban una lectura de su experiencia con base en una vivencia “de liberación”. La participación de cada maestro se puede entender como una ruta que lo llevaba a pertenecer a una comunidad especial, “la base” del MMCH. Las reconstrucciones que elaboraron maestros de su participación en el MMCH enfatizan los sentimientos positivos que resultaron de *sentirse respetados*, sobre todo por sus propios compañeros del gremio magisterial. (Y también, sus desilusiones y desánimos parecían resultar de la sensación de exclusión cuando “... ya los dirigentes se pelean entre sí y no respetan nuestros acuerdos”). “La dignidad” aparece para los maestros de base en el momento en que se sienten incluidos, en el momento en que se consideran parte de “la base” y al concebirse como *los formadores del consenso* del movimiento magisterial. Es por su adhesión a “la base” del movimiento que pueden recrearse como sujetos individuales a la vez que colectivos *dignos*.

9. Entrevistas a profundidad con seis maestros de base en agosto de 1992 sirvieron para generar “el pensamiento de las bases”, tanto en cuanto a sus premisas homogéneas, como a sus ejes de diferenciación. La fundamentación metodológica está en Street (1993 y 1994c).

La “liberación” que vivieron los maestros es percibida y formulada como una ruptura con el pasado y como un encuentro con algo propio. En ese algo propio comienzan a identificarse con los productos de sus acciones; se conciben como los productores de un nuevo orden guiado por valores que rescataron y privilegiaron en el proceso. Una maestra de base contó lo que le atraía del movimiento.

“(Participé en el movimiento porque) yo vi que estábamos componiendo las cosas, se estaba dando en la realidad aquello que queríamos ver y nos pudimos acercar a los líderes, tener un contacto directo con ellos, la base, y porque hubo muchos corridos, los corruptos, los que tuvieron que aceptar las autoridades de la SEP ante nuestras pruebas y nuestras presiones. Hubo resultados de nuestras acciones y eso fue una gran motivación... Lo que me decidió a meterme fue la marcha cuando llevamos el cajón de muertos y cuando tomamos el edificio sindical (mayo, 1979). Antes, nadie se atrevía a levantar la voz. Esa vez fuimos muchos... Fue un gran río de gente, todos decididos a actuar... Estábamos dirigidos por los del Consejo Central de Lucha. Y lo bonito es que te das cuenta que ya no son los jefes a quienes no puedes hablar, ahora podemos hablar con las autoridades, ya tuvimos cómo defendernos, antes eran jefes, ahora son los mismos compañeros”. (SSM3.4-5)

En sus testimonios, los vínculos que establecen con las prácticas nuevas surgidas al interior del movimiento se insertan en un proceso de liberación personal, con muchos matices individuales. Unirse a “la base” implicó, para algunos (sobre todo para las mujeres), abandonar una posición subordinada dentro de la familia. Para otros significó dejar atrás una herencia de clase subvalorada. Y para otros, ser “base” implicó no quedarse como un “maestrillo de aula”. En los recuerdos de un maestro de base sobre el origen del movimiento en 1979, se percibe una intención y un deseo de recuperar un papel social amenazado por la modernización.





“Había efervescencia entre nosotros, había deseos de estar en la lucha, de sentir, de vivir. Teníamos conocimiento del movimiento del ‘68. Había un deseo de estar en contra, de dar la cara ante los padres, de decirles que no éramos solamente maestrillos de aula, y es que el maestro siempre es un líder en la comunidad. Teníamos deseos de reflejar eso; cuando jugábamos fútbol con los muchachos era cuando más me sentía así, como líder, y me creían, creían en mí. Los padres nos impulsaban a nosotros los maestros para salir a pelear por nuestros derechos. Siempre hemos recibido un gran apoyo de ellos”. (SSP.4.4).

La investigación detectó que los maestros que se fusionaron con “la base” sienten haber adquirido el reconocimiento buscado, o bien porque se adjudicaron la función del formador del consenso -voz y voto en los acuerdos, miembro de las mayorías porque razonan y votan las propuestas de acción- o bien porque se apropiaron de los valores recreados en el movimiento. Estas dos “vías de autoadcripción” o “subjetividades” abiertas por el MMCH conformaron (para los maestros de base) los accesos posibles a “la dignidad”, comprometiéndolos con una formulación popular de la democracia. “La dignidad” como criterio moral resultó ser mucho más importante que el uso adecuado de los procedimientos democráticos en la (auto)evaluación que efectuaron los maestros entrevistados de su movimiento y su desenvolvimiento.

3. Complementar el objeto de estudio de “la organización política” con la identificación del proceso histórico originario de la democratización desde abajo

Por “la democratización desde la base” se refiere en la investigación al conjunto de procesos históricos mediante los cuales los maestros se organizaron -en la instancia delegacional- para acabar con las prácticas “viejas” y construir prácticas “nuevas”. Al dirigirse hacia las relaciones de dominación y subordinación que más afectaban sus

condiciones de trabajo y de vida, los maestros eligieron la esfera de poder más cercana a ellos como el objeto que buscaban cambiar. Atacaron a la jerarquía burocrática imbricada (de lo administrativo y lo sindical) que subordinaba al maestro de grupo al director de escuela y al supervisor de zona. Maestros de base y líderes disidentes se organizaron para “tomar el poder” en cada una de las delegaciones sindicales en el estado.

Fue en estos procesos “micro” de democratización donde se dieron las primeras versiones de una nueva relación entre bases y dirigentes que después se fue reconstituyendo en las otras instancias del movimiento y de la sección sindical. “La democratización desde la base” fue marcada tanto por los intereses (de transformar el sindicato) de los dirigentes disidentes en “controlar la delegación”, como por los motivos (de unificar el gremio) de los maestros de base en “sacar aquella mafia... que no nos servía de nada” y acabar con el maltrato de los maestros por los mismos maestros. Todos coincidían en que la prepotencia y la arbitrariedad de “los charros” habían conformado un “sistema de extorsión” que oprimía al maestro (sería mejor referirnos aquí a las maestras sometidas al hostigamiento sexual). Los relatos sobre las experiencias negativas con “el charrismo”, en los que predomina el rechazo a la idea del “... magisterio al servicio de los jefes”, forman parte de los significados compartidos entre los maestros de base.

Para los dirigentes, “tomar el poder” significó un proceso dual o paralelo de subvertir la autoridad “de facto” de los supervisores, a la vez que construir las condiciones para que los maestros de la delegación los avalaran como los líderes del proceso. El proceso de “toma de poder” para los líderes, en su afán de legitimarse ante los maestros, implicó diseñar las estrategias para neutralizar el poder de “la vieja guardia”, para criticar las prácticas “corruptas” de los supervisores y disminuir su autoridad ante los maestros, a la vez que proponer maneras novedosas “honestas y responsables” para ejercer la representación sindical. “Fuimos pensando cómo tomar el control de la delegación sindical, lo cual significó ante todo aplacar





al supervisor... Básicamente esto significó la denuncia de sus prácticas corruptas” (SSJ17).

Surgió así una división “estructural” entre actividades “de concepción” y acciones “de ejecución”: mientras los líderes planeaban cómo “sacar a los viejos y meter a los nuevos”, los maestros de base aprendían nuevos derechos, uniéndose para manifestar su descontento. “Empezamos a cuestionar todo más abierto... todos sabíamos que el Secretario General era corrupto, lo corrimos y nombramos a... (otro)” (SSM1.2) Los dirigentes aprendieron prácticas nuevas para *convencer* a las bases de su honestidad y responsabilidad, mientras los maestros de base se dieron cuenta de que “la unión hace la fuerza”, de que, para ser escuchados, tenían que *expresar su sentir respecto al cumplimiento de sus derechos*.

Atrás de esta marca divisoria entre el trabajo intelectual y manual se palpaba cierta separación entre lo racional y lo emocional, pues las bases debían apoyar a sus dirigentes y éstos tenían que cumplir con un trabajo efectivo. La reproducción de la reciprocidad entre bases y dirigentes dentro de este marco estructurado significaba “hacer todo de común acuerdo”, donde todos debían “sujetarse a los acuerdos de la base”. *Dialogar* se entendía como un proceso orgánico donde los dirigentes consultaban a la base, mientras que la base manifestaba sus necesidades (y sus ánimos respecto de su evaluación de la labor de los dirigentes). “Dialogar” significaba también que las bases manifestaran su fe en los dirigentes y que éstos confiaran en contar con el aval de las bases. Aun cuando se concebía el quehacer democrático como “... (lo) común con la (participación) de todos, como cualquier maestro, pues yo analizaba las cosas, cuestionaba, luego había que votar en las asambleas y proponer alternativas; nos mandaban las propuestas y las analizábamos, votamos” (SSP10.3), se detectaba (tanto en las entrevistas como en la observación directa de las prácticas) una predisposición por parte de maestros de base a autoexcluirse de las prácticas “pensantes”, tal como lo expresó un maestro al describir su participación en el MMCH.



“Yo soy una persona que nunca he sido líder; no me gusta ser líder, en el sentido de tener un puesto sindical, en el sentido de que voy a llevar a los compañeros a hacer cosas, a dar ideas, pero he sido activo en cuanto a los acuerdos (de mayoría). Por ejemplo, en las asambleas participo en todo, por ejemplo, en botear y en cosas donde se necesita el consenso, cuando se hacen las comisiones en las asambleas, ahí estoy para participar en todas las acciones. Pero ser líder no; no me gusta hablar en las asambleas. Voto sí, siempre voto por la opinión más acertada, la más correcta para el movimiento y me gusta escuchar las posiciones que hay y luego tomar la decisión, la mejor” (SSR2.6).

Reflexiones finales

Si bien las luchas de los maestros de la Sección VII del SNTE se ubican dentro de procesos históricos que buscaban transformar las prácticas corporativistas del SNTE y de la SEP a nivel nacional, sus experiencias se entienden mejor con conceptos vertidos arriba provenientes de “una filosofía de la liberación”. Se podrían resumir las conclusiones de este trabajo en dos razones (que son realmente síntesis analíticas de procesos históricos) para interpretar las acciones de los maestros en el marco de una “democracia libertaria” o una “democratización emancipatoria”. Atendiendo la cuestión *del contenido*, arriba se vio que “la ética de reciprocidad” está firmemente arraigada en valores apreciados por los maestros por una calidad especial designatoria de “la dignidad”. Y con respecto a *la forma*, se hace evidente una correspondencia estructural entre una praxis de liberación y “la democratización desde la base” a la chiapaneca. La manera en que los maestros modificaron su situación de excluidos a incluidos, a participantes en los procesos de democratización, corresponde a los elementos de “una praxis de liberación”; la situación de exclusión donde la dominación consiste en la negación del otro y donde no existen instancias de estar “cara a cara”; el “éxodo” como ruptura con el sistema de dominación, vivida como un proceso de



autoencuentro; y la construcción de un nuevo orden “donde el oprimido puede vivir y estar en igualdad con otros” (Schelkeshorn, 1994).

Finalmente, el surgimiento de *un proyecto nacional de democracia popular* en el México de 1994 representa la introducción al imaginario político contemporáneo de lógicas diferentes a la racionalidad dominante instrumental. La “democracia popular” aparece como un nuevo proyecto integrativo de las masas. En contraste con lo que sería un proyecto “incluyente”, en el integrativo son las masas las que se reconstituyen para integrarse, participando directamente en la construcción de una nueva relación entre gobierno y sociedad. Y lo hacen bajo la pelea permanente por “la dignidad”. Ojalá este trabajo contribuya a construir una interlocución receptiva y comprensiva de “la nueva moral” democrática. ☺ ☺

Bibliografía

Alonso, Jorge. *La tendencia al enmascaramiento de los movimientos políticos* México: CIESAS, 1985.

Alonso, Jorge. *Los movimientos sociales en el Valle de México* México: CIESAS, #8, 1986.

Burke, Peter. “The ‘Discovery’ of Popular Culture, en Raphael Samuel, (editor), *People’s History and Socialist Theory* Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 216-226.

Brunner, José Joaquín. “Chile: entre la cultura autoritaria y la cultura democrática”, en Hugo Zemelman, (Coordinador), *Cultura y Política en América Latina* México: Siglo Veintiuno Editores, Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas, 1990, 85-98.

Cortina, Adela. *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria: ética y política en Karl Otto Apel* Salamanca: Ediciones Sigueme, 1985.

Coulter, Jeff. *Mind in Action* Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press International, Inc., 1989.

Dubet, Francois. “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto”, *Estudios Sociológicos* Vol. VII, # 21, septiembre-diciembre, 1989, 519-546.

Dussel, Enrique. *El encubrimiento del indio: 1492: hacia el origen del mito de la modernidad* Editorial Cambio XXI y Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, 1994.

Bibliografía

- Dussel, Enrique. "La introducción de la 'transformación' de la filosofía de K. O. Apel y la filosofía de la liberación (reflexiones desde una perspectiva latinoamericana)", *Fundamentación de la ética y la filosofía de la liberación*, México: Siglo XXI, 1992, pp. 45-102.
- Farfán Hernández, Rafael. "Realismo, elitismo y democracia en América Latina", *Sociología* año 7, # 19, mayo-agosto, 1992, 79-107.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder* Madrid: Ed. La Piqueta, 1980.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* México: Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.
- Geneyro, Juan Carlos. *La democracia inquieta: E. Durkheim y J. Dewey*, México: Universidad Autónoma Metropolitana y Anthropos, 1991.
- Glazer, B. y A. Strauss. *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research* Nueva York: Adline Publishing Co., 1967.
- González Casanova, *El poder al pueblo*, México: Ediciones Océano, 1985.
- Hall, Stuart. "Notes on Deconstructing 'the popular'", en Raphael Samuel (editor), *People's History and Socialist Theory*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 227-240.
- Henriques, Julian y Wendy Hollway, Cathy Urwin, Couze Venn y Valerie Walkerdine. *Changing the subject; psychology, social regulation and subjectivity* Nueva York: Methuen, 1984.
- Lechner, Norbert. *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política* Chile: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Lechner, Norbert. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* Madrid, España: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.
- Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía* México: Ediciones G. Gili, 1987.
- Schelkshorn, Hans. "Introducción", en Dussel, 1994, pp. 11-36.
- Street, Susan. *Maestros en movimiento; transformaciones en la burocracia estatal, 1978-1982*, México: CIESAS, Colección Miguel Othón de Mendizábal, 1992.
- Street, Susan. "La cultura política del movimiento magisterial chiapaneco", en Jorge Alonso (Coord.) *Cultura política y educación cívica*, Vol. 4 de la colección de "La democracia en México: actualidad y perspectivas", coordinado por Pablo González



Bibliografía

Casanova, México: M.A. Porrúa, 1994a, 427-466.

Street, Susan. "La propuesta ética del movimiento magisterial chiapaneco" en Luz Elena Galván, et. al. (coordinadoras), *Memorias del primer simposio de educación* México: CIESAS, 1994b.

Street, Susan. "Democracia como RECIPROCIDAD: modalidades participativas de 'las bases' del movimiento magisterial chiapaneco", Seminario de Antropología Política: análisis y nuevos enfoques de estudio, INAH, junio de 1994c, inédito.

Street, Susan. "Los maestros de base y la intersubjetividad democrática del movimiento magisterial chiapaneco", Segundo Simposio de Investigación Educativa del CIESAS, febrero de 1993, inédito.

Street, Susan. "Democratization, Political Ethics and Popular Culture: Teachers from Chiapas, Mexico", Fourth Conference on Latin American Popular Culture, Brown University, Providence, Rhode Island, USA, octubre de 1994d, inédito.

Street, Susan. "Los maestros chiapanecos y la dignidad (Historizando una idea de la democracia)", V Encuentro Nacional de Historia de la Educación en México, Puebla, México, noviembre de 1994e.

